



EN PRESENCIA DE LA AUSENCIA

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

EL VIAJE, DE IDA FINK (BÁLTICA)

Hay en *El viaje* la confesión de la ausencia de memoria. Esos espacios en blanco, esa inexistencia de recuerdos, esos instantes en los que no hay nada, nada en absoluto, ni tan siquiera esos falsos recuerdos, o esos otros que estamos a punto de atrapar, pero se nos escapan, sin remedio se nos escapan. Una materialización de mis propias obsesiones. Aquello que no está. Que ya no será, aunque, un día algo regresa. *El viaje* es una obra basada en la propia experiencia de Ida Fink, que, durante la ocupación alemana de Polonia y ante el peligro inminente para los judíos (ella, su familia), es enviada por su padre, junto con su hermana, a un incierto viaje hacia Alemania cuyo objetivo es ponerse a salvo, alejarse del gueto. Con papeles falsos y haciéndose pasar por trabajadoras voluntarias a las que esperan allá, no tarda todo en empezar a torcerse. Esa argucia ya se ha empleado demasiado. La narración se convierte en un largo camino lleno de peligros, de derrotas, pero también de una cierta esperanza. Iba a escribir en el ser humano, pero no es cierto, porque precisamente lo que demuestra el libro es, cierto, la esperanza de encontrar gente buena, pero también la constancia de que el nazismo

no fue el sueño de una noche de verano de unos cuantos locos, sino una deriva colectiva. Ni tan siquiera un asunto alemán, dado que ahí estaba recogido el espíritu de una época. Pensemos en el ahora. No huyen de la muerte segura, sino de la incertidumbre o de la sospecha. Estamos en el otoño de 1942, tiempos confusos. Los alemanes están en plena campaña oriental y no va bien. A través del paso de los meses, se irá sintiendo como se acerca la derrota. Se habla del arma definitiva, pero lo único definitivo es esa involución, que aproxima más y más a los aliados y la derrota. Conforme avanza el viaje, aparecerán las bombas sobre las ciudades alemanas, señales del futuro inmediato. Pero eso aún está lejos. Lo cercano es el día a día, y cualquier gendarme o la temida Gestapo puede dar al traste con todo. En la narrativa de Ida Fink está el despojamiento y una preocupación por el temor inmediato, por el miedo que les rodea, por el desfalleci-

miento. La guerra está ahí, lejos aún. Es algo que discurre en países lejanos, y esa debía ser la impresión también de los propios alemanes en un principio. Por eso, estar en Alemania como trabajadores voluntarios era una buena manera de escapar de todo aquello. Sus nombres cambian. Cambian constantemente. Siempre son ellas dos, pero siempre son alguien más, otra persona tras la que se esconden, otra identidad, que implica otro pasado, otra familia, un no ser. Recuperar el alemán estudiado, recordar sus peculiaridades dialécticas, olvidar lo aprendido. No saber tocar el piano delante de ese piano, pero ser incapaz, jugarse la vida por interpretar unas notas de Chopin, porque necesitas, por un momento vivir, salir de ese cuerpo extraño, recuperar aquel viejo cuerpo. Cuerpo, pensamiento, inteligencia. Entendimiento. Sobrevivir a los demás, al azar, a las circunstancias, ser fuerte en la debilidad, sostener a la hermana peque-

ña, que se derrumba una y otra vez, pero una y otra vez quiere seguir. Ese enfrentamiento de nuestra necesidad de sobrevivir contra el mal, ese mal que puede ser un campo de exterminio, pero también la dueña de una granja. Que es así porque uno se sustenta en otro, uno es la materialización de la maldad del otro, de su miseria moral. Ida Fink, como escritora, como protagonista, no se hace demasiadas preguntas. No sobre todas estas cuestiones humanas. Cuando el objetivo es sobrevivir, la escala del mundo se reduce a cosas muy pequeñas. Unos zapatos, algo de comer, un parque, una puerta, el pensamiento en el padre, en la gente que se ha ido quedando por el camino en esa búsqueda de la seguridad de vivir. Cuando vuelva unos años después a los lugares de entonces, no quedará nada, pero todo sigue ahí. De nuevo esa presencia de la ausencia. Ese estar, pero no lograr atrapar. La necesidad de olvidar frente a la necesidad de recordar. Ese mecanismo que nos mueve como personas, que nos hace no detenernos. Ese ruido en nuestras cabezas, cuando estamos ahí, en silencio. Ese temor sordo, que no sabemos a qué atribuir... A los espacios en blanco. Al vacío. A la repetición.

PEQUEÑAS MUERTES

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

VIDAS PROVISIONALES, DE GABRIELA ADAMEȘTEANU (ACANTILADO)

Ay, esa Rumanía comunista de los años 70, lejos aún de los presagios de futuras catástrofes liberadoras... Nicolae Ceaușescu y señora, empezando sus años paranoicos, llenos de enemigos y grandeza, una grandeza que solo estaba en sus cabezas y rara vez en el estómago de los otros, el hombre cualquiera. Lo único que estaba en todos los lados no era, precisamente, la alegría de vivir, sino la Securitate, la policía secreta, y ahora estabas en lo alto o no tan bajo y otro día en prisión, por nada o casi nada o por todo. En un país de escaseces y estrecheces, de pequeñas miserias y pequeños miserables, cualquier cosa tenía su importancia y la desgracia podía ser poco menos que un matiz. Pero como el hombre se habitúa a las mayores vilezas y, queramos o no, tenemos que tener una cierta confianza en la felicidad (entendida como realidad palpable o espejismo), también hay lugar para el amor. E incluso para la

degradación de ese amor. Y para las apariencias. Es más: en la Rumanía de las conspiraciones y las paranoias de ese hombre pequeño y sus fotos retocadas, las apariencias eran más ciertas que la realidad misma. *Vidas provisionales* (qué título más devastador y cierto) es la historia de Rumanía desde los inciertos años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial (esos años en los que la sábana, estirada desde todos los lados, apenas podía tapar las desnudeces de tantos y su convivencia con el nazismo y sus principios), hasta la liberación de la Rumanía de los Ceaușescu, fusilados revolucionariamente, en unas imágenes que dieron la vuelta al mundo para acabar

perdiéndose en los fangos de la Historia. También es la historia de Sorin y Letiția, amantes por distintas razones o por diversas búsquedas personales. Sorin, tal vez, busca el amor y es un atleta del sexo, mientras que Letiția piensa en sus cosas y en su marido, Petru, con el que mantiene una relación que va desde el sexo fugaz *mientras ella duerme*, a la indiferencia de los corredores de fondo que se acercan, agotados al final de la carrera. Sorin es funcionario y cree comprender los mecanismos que mueven el poder, mientras ve envejecer y caer, como árboles viejos y podridos, a aquellos que le precedieron o lo rodearon. Letiția escribe un libro y, de vez en cuando, colabora en la revista que dirige Petru, pero eso,

con mérito o no, poca importancia puede tener. Todo se enlaza y todo fluye, como aguas a la deriva, en la obra de Gabriela Adameșteanu. Se entrelazan los destinos y destino no deja de ser una palabra fuerte, con resonancias apocalípticas, en un país perseguido por su pasado y la necesidad de ocultar familiares e historias familiares. Porque el pasado rumano condiciona el presente rumano y uno no solo es responsable de sus actos (los ciertos y los imaginados) sino también los de todo su árbol genealógico. La vida está en otra parte y, mientras tanto, quedan la espera y los encuentros fugaces. La desgracia, la indiferencia, los tiempos muertos y, como dirían los franceses, las pequeñas muertes. Una expresión cuyas resonancias van más allá de lo orgánico para convertirse en lo orgánico. Esa forma de vivir o de vivir a ratos, mientras el mundo (es decir, Rumanía) se descompone.

MAPAS

FRANCISCA PAGEO

ZORRO, DE DUBRAVKA UGREŠIĆ (IMPEDIMENTA)
LOS ERRANTES, DE OLGA TOKARCZUK (ANAGRAMA)

Qué es la autoficción. Me pregunto. Si acaso es un género que ha tendido a ponerse de moda, estos libros que podrían parecerlo no lo son en absoluto. Tanto Olga Tokarczuk como Dubravka Ugrešić exponen en estos libros un mundo de otros mundos, o mejor dicho: mundos que están en este y que no hemos sabido apreciar. Con *Los errantes*, Tokarczuk redescubre la vida de un modo apabullante. Si bien se transforma en un libro de viajes, de mapas por recorrer, la autora nos muestra aspectos de esas vidas que no hemos sabido ver. Nos entorpece nuestra manera de leer, que casi siempre suele ser lineal, pero aquí se transforma en retazos de sueños, de pasado, de presente, de futuro. Se conjugan vivencias, reflexiones e invención. Se hallan elementos oníricos, de vida y de amor. Si bien la naturaleza de este libro son fragmentos que corresponden a un viaje, lo que determina que no es un libro fácil de leer, el cuál también es denso como la miel, son fragmentos bellos y de una sabiduría especial. Una persona podría entender este libro como un diario de apuntes, un cuaderno de notas que explora los intereses recurrentes de la autora. Así como también lo es *Zorro* de Dubravka Ugrešić. Ambos libros

se transforman en retazos, en un rompecabezas, en un puzzle que las autoras forman a base de destellos de realidad y reflexión. Con *Zorro* aprendemos a cómo contar una historia dentro de otras historias, aprendemos a cómo contar un cuento, aprendemos a organizar nuestros textos y nuestra memoria. Memoria que no es poca, sino mucha y llena de recuerdos que nos trastocan y nos muestran esos aspectos de nosotros mismos que hacemos de manera automática o inconsciente. He elegido estos dos libros porque los dos aluden a la memoria y al transcurrir de las personas por el mundo que habitamos. Son libros-mapa, libros-señuelo en los que habitar de manera nómada pero permanentemente. Son libros-suspiro, pues suspiramos al leerlos porque no nos es posible hacer otra cosa al conocer estas vidas con las que las autoras se entrecruzan. Al ser mapas, y al exponernos mapas, nos

obligan a situarnos en un espacio y lugar; nos obligan a ausentarnos de donde estamos para ir a esos lugares que las autoras nos ofrecen; y qué bien los ofrecen. Una quisiera estar viajando continuamente en estos rompecabezas. Digo rompecabezas porque sus aspectos fragmentarios hacen de los libros algo parecido. Son como puzzles que nosotros tenemos que resolver, que dotar de sentido. Al leer siempre terminamos preguntándonos si lo que leemos tiene algún sentido, y aunque aquí en un principio no pudiese parecerlo, tienen el sentido de que son libros faro; libros a los que acudir para poder proyectarnos, para poder mostrarnos en todas nuestras vertientes y versiones. Las historias aquí mostradas no son sino un reflejo de las sociedades en las que vivimos, y las autoras lo muestran tan bien, que el pasado y el presente y el futuro no son más que viaductos de vida. Tanto *Zorro* como *Los errantes* nos descubren

que la vida va más allá. Más allá de esta vida que vivimos. Más allá del mundo al que somos arrojados. La vida también está para pensarla y para no solo vivirla, sino para estrujarla con nuestra mente y pensamientos. La vida... Qué haríamos nosotros si no la pensásemos de una manera tan viva y tan apabullante como Olga y Dubravka nos muestran. Quiero creer que los libros no solo nos transforman al mostrarnos las vivencias de otras vidas u otras situaciones, sino que nos ayudan a pensar las nuestras propias. Al ser estos libros fragmentos de esas vidas autoficcionales, no podemos no proyectarnos en ellas. Es inevitable. Quiero pensar que a estos libros volveré como ya he vuelto. Pues no han sido leídos una vez, sino dos veces. Han sido pensados y tragados por mi mente como si bebiera un agua que me hidrata y me nutre de vida. Estos libros-mapa recorren una Europa que quiero visitar y que de alguna manera ya habito. Libros transeúntes. Libros mapamundi. Y mientras, los pájaros cantan y me dicen que esta vida que vivimos nos es más que la herramienta sobre la cual escribir para así hacernos. Hacernos personas y vivir como personas que somos: sintientes y pensantes.

